

## Agenda ciudadana

# El fin del principio

Andrés Manuel López Obrador, AMLO, ya es el presidente de México, a pesar del largo y difícil trayecto. Si se incluyen a los dos emperadores y se cuentan sólo una vez a los repetidores en ese cargo en el siglo XIX, AMLO es el 68° mexicano que encabeza el gobierno a partir de la independencia. Más importante aún, es que se trata del mandatario que se propone cerrar el ciclo que se abrió con la presidencia de Venustiano Carranza (1917) -el régimen de la Revolución Mexicana- e iniciar otro diferente.

Si el proyecto político de AMLO se materializa, entonces, con el final del gobierno de Enrique Peña Nieto, (2012-2018), ese sistema que se inició con la caída de Porfirio Díaz (1911), sería un nuevo ancien régime; uno caracterizado por el autoritarismo priista y que, en términos de longevidad, tuvo pocos equivalentes en el mundo de su época.

La peculiaridad del potencialmente nouveau régime que está naciendo, es que AMLO y su partido, alcanzaron el poder desde la oposición abierta, sin recurrir a la violencia. Tampoco hubo “concertación” de por medio, como las llevadas a cabo entre el PRI y su oposición de derecha, el PAN, ni victoria electoral bajo sospecha como ocurrió cada vez que en el pasado el gobierno en turno enfrentó una oposición fuerte.

El régimen que engendró al PRI, fue un éxito en términos de supervivencia. El siglo priista incluye los años de preparación del terreno para la aparición de ese partido de Estado en 1929 y también la docena de años donde el PRI debió convivir con el PAN en la presidencia, pero que, en la práctica, no significó una ruptura en la naturaleza del ejercicio del poder. Ese siglo priista, se caracterizó, en su segunda mitad, por la capacidad

El régimen que engendró al PRI, fue un éxito en términos de supervivencia. El siglo priista incluye los años de preparación del terreno para la aparición de ese partido de Estado en 1929 y también la docena de años donde el PRI debió convivir con el PAN en la presidencia, pero que, en la práctica, no significó una ruptura en la naturaleza del ejercicio del poder. Ese siglo priista, se caracterizó, en su segunda mitad, por la capacidad de la clase dirigente para administrar su decadencia, por prolongarla hasta el momento en que, sin otra salida viable, aceptó entregar el poder sin violencia y sin aspavientos.

de la clase dirigente para administrar su decadencia, por prolongarla hasta el momento en que, sin otra salida viable, aceptó entregar el poder sin violencia y sin aspavientos.

Desde esta perspectiva, AMLO y su movimiento bien pueden explicarse como un subproducto de esa larga “guerra de retaguardia” del PRI, de administrar la descomposición de lo alguna vez había sido, realmente, el régimen de una revolución llena de energía y que tuvo su mejor momento bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas. Fue entonces, cuando una política de masas sostenida por la reforma agraria, el sindicalismo, la educación popular y el espíritu de la nacionalización de la industria petrolera, que el priismo consiguió crear y consolidar una gran base social y acumular el capital político suficiente para poder vivir por décadas de sus réditos.

Dar forma a lo que hoy se propone ser un nouveau régime, no tiene un momento de arranque preciso. Sin embargo, y visto desde la perspectiva actual, ese principio bien pudiera estar tan lejos como el gobierno alema-

nista, (1946-1952), cuando la clase gobernante y sus aliados empresariales se propusieron hacer de la extracción de recursos a la sociedad, la esencia de su poder político. La solidez de lo construido hasta entonces permitió que ese enfoque brutal funcionara sin mucha oposición. El dominio presidencial alcanzó su cénit y la Guerra Fría le permitió descalificar y reprimir con efectividad a la oposición en nombre del anticomunismo. Sin embargo, en 1968 algo se rompió y las pérdidas de legitimidad empezaron a acumularse. Veinte años más tarde, ese déficit político llevó a una ruptura dentro del PRI y a una insurrección electoral. Sólo el fraude abierto permitió mantener la continuidad del sistema. Fue justo en esa coyuntura que el joven AMLO hizo su gran apuesta y se unió a la oposición conducida por Cuauhtémoc Cárdenas.

La lógica del proyecto de AMLO consistió en romper con el PRI -su partido de origen en Tabasco-, unirse a un nuevo partido de izquierda que había optado por la vía no armada, el PRD, y ofrecerle su experiencia

como organizador político de grupos populares, como lo había hecho en La Chontalpa. La idea era arrancar esas bases de la maquinaria de control priista y movilizarlas electoralmente en favor de una nueva, aunque modesta utopía: construir una democracia política, redistribuyendo las cargas y beneficios del proceso productivo a favor de los menos afortunados, aunque sin desbordar el marco capitalista.

La larga marcha de AMLO de coordinador de un programa social del Instituto Nacional Indigenista en Nacajuca, (1977-1982) a jefe de gobierno de la capital del país, a constructor de un partido que hoy es dominante en el congreso federal a, finalmente, presidente de la república, está llena de situaciones improbables y que requirieron de enorme fuerza de voluntad -rechazar la cooptación- y física -recorrer el país a nivel municipal, varias veces y en plan de organizador-, hacer frente a la escasez de recursos materiales y superar el temor que genera todo choque con un autoritarismo donde el Estado de derecho es sólo teórico y la violencia una realidad brutal y generalizada.

La más que incierta marcha al poder del lopezobradorismo, logró su objetivo como combinación de la lenta pero sistemática descomposición de un sistema que de revolucionario devino en rapaz, con una voluntad opositora a prueba de desaliento. A partir de alcanzar el poder, viene la difícil tarea de construir lo nuevo y viable sobre una herencia institucional en ruinas, una tarea que será más ardua que cualquiera de las que emprendió Hércules.

[www.lorenzomeyer.com.mx](http://www.lorenzomeyer.com.mx)  
[agenda\\_ciudadana@hotmail.com](mailto:agenda_ciudadana@hotmail.com)

Enrique Krauze

Luis Rubio

## Exigencia

El 4 de diciembre de 1970, apareció en Excélsior un artículo titulado “Rogativa”. Su autor era el historiador, ensayista y editor Daniel Cosío Villegas; su destinatario, el nuevo presidente Luis Echeverría.

Con la herida abierta de Tlatelolco y los líderes estudiantiles en la cárcel, México vivía tiempos de zozobra. A sabiendas de que en aquel sistema político el presidente era todopoderoso, don Daniel escribió: “México no necesita tanto un líder político; tampoco un reformador administrativo; ni siquiera un promotor enajenado de las obras públicas. Por lo que clama es por un líder moral, que sirva de ejemplo y de inspiración a todo el país”.

Ese líder de sólida “contextura ética” debía tener dos prendas: rectitud y generosidad. La primera suponía “severidad” y “firmeza en las resoluciones” pero “a condición de ser justas, de apearse a la ley y a la razón”, y de estar acompañadas por “la mesura, es decir, la moderación y el comedimiento”. La generosidad significaba, llanamente, “obrar con magnanimidad y nobleza de ánimo”.

Ha pasado medio siglo. Desde 1997, las resoluciones no han dependido solo del Ejecutivo sino de su relación con un Legislativo que las aprueba, modifica o rechaza, de un Judicial que avala o no su constitucionalidad, todo en el marco de un pacto federal, instituciones autónomas y libertades civiles. Si bien nuestra democracia ha sido imperfecta, ha representado un progreso frente a la dictadura perfecta. Bajo las reglas, instituciones y libertades de esa democracia, el mandato legítimo e inequívoco de las elecciones del 1 de julio fue concentrar el poder una vez más, de manera absoluta, en el presidente. Esta realidad, aunada a la circunstancia aún más dramática de violencia e inseguridad que vivimos ahora, otorga nueva vigencia a los consejos de don Daniel.

Treinta millones de ciudadanos votaron por el candidato López Obrador porque han visto en él a un líder moral. Hay otro sector que piensa distinto. Para ese sector -en el que me incluyo-, el presidente electo López Obrador tomó varias resoluciones con severidad y firmeza, pero no con apego a la ley y a la razón. Tampoco lo ha caracterizado la mesura, la moderación y el comedimiento. En cuanto a la generosidad, la magnanimidad y nobleza de ánimo, sus beneficiarios han sido los políticos corruptos no los críticos demócratas, a quienes con frecuencia descalifica.

Todos los mexicanos, los que votaron y no votaron por él, serán quienes juzguen su desempeño como presidente. Pero una cosa es clara: por sus hechos lo conocerán. La altura moral de un gobernante no se mide por la belleza abstracta de unas ideas o principios. La altura moral de un gobernante se mide por la traducción concreta de sus ideas y principios. Por olvidarlo, muchos revolucionarios del siglo XX, enamorados de su propia pureza moral, han causado la ruina de los pueblos que querían redimir.

Hoy el liderazgo moral debe incluir la rectitud firme, legal, racional y generosa que predicaba don Daniel. También la práctica adicional de tres valores permanentes.

Uno es la civilidad. Esta noble tradición implica respeto a quien no piensa como uno. Tolerancia, entendida como disposición a convivir con el otro y, sobre todo, a escuchar-

Ha pasado medio siglo. Desde 1997, las resoluciones no han dependido sólo del Ejecutivo, sino de su relación con un Legislativo que las aprueba, modifica o rechaza, de un Judicial que avala o no su constitucionalidad, todo en el marco de un pacto federal, instituciones autónomas y libertades civiles. Si bien nuestra democracia ha sido imperfecta, ha representado un progreso frente a la dictadura perfecta. Bajo las reglas, instituciones y libertades de esa democracia, el mandato legítimo e inequívoco de las elecciones del 1 de julio fue concentrar el poder una vez más, de manera absoluta, en el presidente. Esta realidad, aunada a la circunstancia aún más dramática de violencia e inseguridad que vivimos ahora, otorga nueva vigencia a los consejos de don Daniel.

lo. Cuidado extremo con la palabra pública, que usada como vehículo de odio puede lastimar irremediamente. Y lo que los antiguos llamaban espíritu cívico, buscar el bien público con sentido de responsabilidad.

La concordia es otro valor fundamental. “La concordia -decía Cicerón- es el mejor y más apretado vínculo de todo Estado”. Dividir a la sociedad mexicana entre el “pueblo” que apoya al presidente y los enemigos del pueblo que no lo apoyan o lo critican, es entrar en la zona minada de la discordia. Las naturales diferencias de opinión no deben desgarrar a la familia mexicana.

El valor cardinal es la libertad. “La libertad individual -escribió Cosío Villegas en 1951- es un fin en sí mismo y, a la vista de nuestros días, el más apremiante que pueda proponerse al hombre”. Lo sigue siendo, sobre todo la libertad de expresión y de crítica.

Si asume esos valores, el presidente puede descubrir caminos acaso insospechados para cumplir, en la práctica, sus mejores promesas.

### DON DANIEL CONCLUÍA CON ESTAS PALABRAS:

Esta es mi rogativa, señor Presidente: que se convierta usted en ese ejemplo moral de la nación mexicana.

Con el mismo respeto hago mío su mensaje, pero cambiando una palabra. No es una rogativa. Es una exigencia que comparten muchos mexicanos.

[www.enriquekrauze.com.mx](http://www.enriquekrauze.com.mx)

## Me canso ganso

El país perdió el rumbo cuando comenzó a privilegiar las decisiones económicas sobre los criterios políticos. Las cosas marchaban bien cuando decidían líderes emanados del pueblo que separaban -y, de hecho, subordinaban- al poder económico y los intereses de las élites al poder político. Por lo tanto, la solución a los problemas del país -desde la seguridad hasta el crecimiento de la economía- radica en un cambio de vectores: desde ahora, el gobierno establecerá las prioridades y la sociedad -incluyendo a todos los componentes del entramado socioeconómico- se adaptarán. El resultado será bueno porque yo no soy corrupto.

Se trata de un cambio de paradigma: los criterios que normaron el funcionamiento del país a lo largo de los últimos treinta años desaparecen, para dar lugar a un modelo de sociedad que probó ser exitoso en el pasado y que nunca debió ser abandonado porque, en contraste con lo que siguió, aquel producía crecimiento económico, movilidad social, empleo y estabilidad política. No es casualidad que la sociedad mexicana viviera en paz, orden y sin violencia. Nuestro mandato es restaurar ese equilibrio que privilegiaba al pueblo como prioridad.

El mensaje es transparente: México puede resolver sus problemas si atiende sus causas internas, algo que se abandonó con el cambio de estrategia económica y el inicio de las reformas a partir de 1982. Esa política económica provocó pobreza y desigualdad porque no generó suficiente crecimiento para darles empleo a los jóvenes que, por falta de oportunidades, acabaron en el crimen organizado. El gobierno se apresta a reorganizar la estructura política porque ahí yace la clave de la solución de los problemas económicos y, por lo tanto, los de seguridad.

En el corazón de los males del país reside la corrupción que caracterizó a todos los gobiernos anteriores, quienes no pueden ser perseguidos porque no alcanzan las cárceles; sin embargo, en la medida en que todos se alineen, como ocurría en los sesenta, desaparecerá la mafia del poder que produjo toda esa corrupción y la economía se transformará para atender las necesidades de la gente.

En materia de seguridad, la estrategia ha sido errónea porque no se entendió que los policías, militares, narcos y delincuentes -todos- provienen del pueblo y en el pueblo sólo hay gente buena. Por lo tanto, hay que atender los síntomas y las consecuencias en lugar de combatir las causas. La violencia como estrategia no es solución sino, más bien, la causa de los problemas que hoy vivimos. El Chapo, como es del pueblo, es bueno y merece amnistía.

El mundo que el país abandonó en los sesenta funcionaba porque la jerarquía de las cosas era proclive al desarrollo. La rectoría del Estado permitía definir objetivos, prioridades y reglas, asegurando resultados benignos para la sociedad. El gasto en infraestructura marcaba la pauta para la inversión privada. El gobierno controlaba al sector privado vía requisitos de permisos y los sindicatos eran mediatizados por medio de líderes “charros”. Los gobernadores eran brazos im-

Se trata de un cambio de paradigma: los criterios que normaron el funcionamiento del país a lo largo de los últimos treinta años desaparecen, para dar lugar a un modelo de sociedad que probó ser exitoso en el pasado y que nunca debió ser abandonado porque, en contraste con lo que siguió, aquel producía crecimiento económico, movilidad social, empleo y estabilidad política.

plementadores de las prioridades presidenciales. La recreación de esa estructura requiere de mirar hacia adentro, mantener un control efectivo de los gobernadores, un nuevo sindicalismo conducido desde el Estado y la subordinación del poder económico al poder político. Los siguientes meses iremos viendo la implementación de esta nueva estructura política y sus resultados en términos de crecimiento económico y paz social se harán evidentes.

Todo mundo cabe en el nuevo proyecto, siempre y cuando acepte las nuevas reglas -y esté dispuesto a ceder las libertades de que ha gozado en estas décadas y la certeza jurídica- y esto va igual para la ciudadanía, sindicatos, empresarios, gobernadores, inversionistas del exterior, gobiernos de otros países y los mercados financieros. En la medida en que todos estos actores clave de la sociedad mexicana entiendan y se sumen al proyecto y respeten las reglas del juego que decida imponer el nuevo presidente, el progreso será imparable. Todo es cuestión de tener voluntad para resolver los problemas y sumar al pueblo, porque México es un país pobre que ha sido víctima de abusos por parte de nacionales y extranjeros.

Los gobiernos anteriores erraron el camino porque no entendieron que la solución estaba a la vista, en nuestro propio pasado. No era necesario mirar hacia el exterior, adaptar el sistema educativo a las exigencias de la globalización y buscar la movilidad social en la quimera de las exportaciones, sino reactivar el mercado interno, proteger al productor nacional y proveer para los jóvenes que no estudian ni trabajan. En lugar de eso, se dedicaron a la frivolidad: aceptaron que se le impusieran reglas desde el exterior, subordinaron los intereses nacionales a los criterios de los mercados y los empresarios, construyeron proyectos faraónicos de infraestructura, desnacionalizaron nuestros recursos petroleros y diezmaron la industria que yace en el corazón del desarrollo del país, de antes y del futuro.

El proyecto es claro y la visión no deja dudas de lo que el nuevo gobierno pretende lograr. Su desafío radica en asegurar que la realidad se adapte al proyecto, porque si no, peor para la realidad.

@lrubiof